

Capítulo I

¡Cómo Han Caído los Valientes!

El estridente timbre del teléfono rompió el silencio en mi oficina. El mensaje del que llamaba me partió el corazón. Otro colega ministro había caído moralmente. Un soldado de la cruz que alguna vez se destacó, que había armado a su congregación con la verdad y la había animado a ser firme contra el adversario, por su pecado había desertado vergonzosamente de las filas y le había dado la victoria al enemigo. Incluso antes de colgar el teléfono, las lágrimas llenaron mis ojos.

Una escena antigua relampagueó por mi mente. Una escena que enferma. Un campo de

batalla en Israel llamado Monte Gilboa, sembrad de cadáveres de soldados hebreos después de un día trágico de combate contra los filisteos. Entre los muertos yace un hombre alto, veterano guerrero, llamado el rey Saúl. ¡Cómo deben haberse jactado los paganos de Filistea por su victoria sobre el ejército de Dios!

Aunque Saúl había hecho de la vida de David una pesadilla por más de doce años, David lamentó la muerte del rey con palabras que expresaban su angustia: “Cómo han caído los valientes en batalla.”

Sentado allí solo en mi oficina, me pregunté si ese pensamiento habría vuelto para atormentar a David veinte años más tarde. “Cómo han caído los valientes.” Con el paso de dos décadas David había cumplido ya cincuenta años; los años de la edad madura y de prosperidad y favor. A estas alturas no solo había llegado a ser el sucesor de Saúl, sino que había llevado a Israel a nuevos niveles. Ni una sola vez David había sufrido derrota en el campo de batalla. Algunos calculan que sus brillantes campañas militares, y su visionario y sabio liderazgo ampliaron el territorio de Israel a más de diez veces su tamaño original. Los ejércitos rivales temblaban tan sólo al pensar en invadir a Israel. David le dio a la nación una bandera para enarbolar: la estrella de David que flameaba sobre el país mientras los hebreos rebo-

saban de orgullo nacional. El comercio de Israel prosperaba conforme las rutas de las caravanas se ampliaban a nuevas regiones, trayendo enorme riqueza al tesoro. La crema de esta impresionante prosperidad llenó la copa de David, de modo que cuando cumplió los cincuenta años, disfrutaba de los lujos de un flamante palacio de residencia llamado “El Palacio del Rey.” Entre tanto, él reunió dinero y materiales para construir un templo en honor a su Dios.

El nombre de David había llegado a ser palabra familiar en todo Israel. Los reyes de otras tierras envidiaban su éxito y fama. En esos días, todos habían oído de David. El autor G. Frederick Owen escribió:

Los arameos y amalecitas fueron conquistados. Se abrieron caminos de comercio y llegó mercancía, cultura y prosperidad desde Fenicia, Damasco, Asiria, Arabia, Egipto y otras tierras más distantes. Para su pueblo David era rey, juez y general, pero para las naciones que los rodeaban, él era la primera potencia en todo el mundo del Cercano Oriente, el monarca más poderoso del día.¹

Ningún líder se levantaba más alto que David, “El Valiente.”

Entonces llegó el día cuando él vio a Betsabé. Dios preservó en 2 Samuel 11:1–5 el relato del colapso moral de este buen hombre, para beneficio de todos los que vendrían después de él. Pero antes de empezar a hablar de su fracaso, antes de empezar la autopsia de la caída moral de David, permítame ofrecerle una palabra de advertencia. Este capítulo no es meramente un recuento del fracaso de un hombre. No es una ocasión para hacer una mueca de disgusto y menear la cabeza. Este es un mensaje para todos nosotros. En la Primera Carta a los Corintios 10:12 dice: “Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.”

La Autopsia de una Caída Moral

Mire más detenidamente. En medio de “el que piensa estar firme” y “que no caiga,” hay una palabra que relampaguea como luz de advertencia de peligro: “mire.” La palabra griega de esta orden quiere decir “ver con atención.” En otras palabras, “¡Cuidado!” Este estudio no sólo analiza la caída de un rey poderoso, sino que también grita una advertencia urgente y oportuna para todo el que piensa que nunca caerá. Rara vez la gente tropieza con cosas que ha estado esperando. Cuando

estamos a la espera de algún peligro, prestamos mucha atención.

Para empezar, debemos ver que la caída de David, aunque fue severa, ciertamente no fue repentina. La erosión había debilitado lo que una vez fue fuerte. El pastor y escritor británico F. B. Meyer, dijo sabiamente: “Ningún hombre se envilece de repente.” Tal como ningún matrimonio de repente se rompe, y así como ningún árbol de repente se pudre, y tal como ninguna iglesia de súbito se divide, nadie cae de repente. Hay un debilitamiento. Aparece una grieta en el cimiento. Hay descuido.

Por lo menos tres factores específicos erosionaron la fuerza de David como valiente hombre de Dios.

La poligamia debilitó a David. Los que no han estudiado a este gran hombre, ni este pasaje bíblico, se sorprenden al oír que David tenía como veinte esposas, sin contar sus numerosas concubinas. La Torá enseñaba específicamente que un hombre, en especial si era rey, no debía tomar más de una esposa. David tomó muchas. Tal vez pensó: *Después de todo, vivo bajo tanta presión y trabajo tan duro, y he sacrificado mucho para llegar al lugar que ocupó. Por lo menos me toca disfrutar del placer íntimo de muchas mujeres.* Para

entonces, ¿quién se atrevería a confrontarle al rey y destacar algo de su vida privada?

Tal vez por eso el pasaje de 2 Samuel 5:13 indica, casi al paso,

Y tomó David más concubinas
y mujeres de Jerusalén, después
que vino de Hebrón . . .

Aunque aumentó el número de sus esposas y concubinas, las pasiones de David no se redujeron. El rey que tomó la esposa de otro hombre ya tenía un harén lleno de mujeres. La verdad sencilla es que la pasión del sexo no se sacia con un harén lleno de mujeres; se aumenta. El tener muchas mujeres no reduce el deseo sexual de un hombre, lo aumenta; lo estimula. David, siendo un hombre con fuerte apetito sexual, pensó erróneamente: *Para saciarlo, tendré más mujeres.* Así, cuando llegó a ser rey, aumentó su harén, pero su impulso sexual sólo aumentó.

David ya se había entregado a la lujuria. La poligamia debilitó al rey que en otro sentido era poderoso.

El éxito debilitó a David. Como hemos visto, el reinado del hombre se convirtió en modelo de liderazgo brillante, por dos décadas. Les dio a hombres escogidos la supervisión de las finanzas, administración y de la defensa militar. Mediante sabia delegación, David multiplicó su influencia

sobre Israel. Con un hermoso hogar y familia, un establo lleno de caballos galardonados, una fuerza militar que todos respetaban, y planes para construir un templo para el Señor, ¿quién se atrevería a levantar un dedo para acusarle de algo? Así que, ¿qué si él se casa con unas cuantas más mujeres y sin ruido aumenta el número de sus concubinas? ¿No es eso asunto del rey? La economía es buena y el futuro prometedor . . . así que ¡déjenlo en paz!

El índice de aprobación de David se remontó al punto más alto; probablemente por sobre el 95 por ciento. Él tenía poder sin rival, un tesoro que se desbordaba, y enorme cantidad de seguidores. Para ese entonces, él se había ya olvidado por largo tiempo los aguijonazos del hambre, el abrasador calor del desierto y las largas y frías noches en que dormía en cuevas, cuando Saúl buscaba su vida. Los tiempos difíciles tienen su manera de mantener humilde a la persona e inspirarle a trabajar más duro. El orgullo y la holgazanería no hallan cabida en una vida que se vive casi en los huesos. Pero no se equivoque: el éxito y la indulgencia debilitaron a David.

La ociosidad debilitó a David. Imagínese la escena que el escritor pinta en apenas cuatro palabras. “Aconteció al año siguiente.” Afuera de la ventana de David se extienden las verdes colinas exuberantes, vestidas de los deslumbran-

tes colores de la primavera, que ha despertado a Jerusalén y la ha adornado con frescos colores y la fragancia de las flores. Los campos en camino a otra cosecha extraordinaria rodeaban la ciudad de David, mientras que una brisa suave, entrando en el dormitorio del rey, llevaba la esperanza de nueva vida que surgía de la tierra. Hacía buen tiempo. Todo era encantador. Tranquilo. “Aconteció . . .” ¡Qué elocuente!

Es más, era “el tiempo que salen los reyes a la guerra.” En esos días los comandantes en jefe no se quedaban en la retaguardia con el grupo de brillantes mentes militares para dirigir la guerra electrónicamente a distancia. Los reyes se vestían con su pesada armadura, llevaban escudos grandes, y dirigían las tropas a la batalla. El lugar del líder estaba al frente de la pelea en donde se le podía ver. Los soldados no tenían que preguntarse quién estaba al mando. Su rey enfrentaba al enemigo en el frente de batalla, valientemente encabezando el ataque. Pero no esta vez.

David no había visto sino batalla tras batalla por veinte años. Era un hombre de guerra. Vestido con uniforme completo, de seguro sus medallas le cubrirían todo el pecho. Pero este día él estaba en pijamas. El versículo 1 nos dice que David mandó a Joab y a sus siervos a pelear. David no se preocupó por la batalla. ¡Su general, Joab, guerrero astuto, taimado e impávido podía

hacerse cargo de eso! Mientras Joab dirigía la batalla, David apenas se levantaba de su cama. Ni siquiera era de mañana. Ya estaba por caer la tarde. Él había estado acostado toda la tarde.

Algo extraño le pasa a la gente al caer la tarde. A esa hora intermedia las tentaciones se aprovechan de la penumbra para velar las consecuencias. Cuidado con las indulgencias menores al caer la tarde. La tragedia acecha en las sombras.

David no estaba durmiendo ese día porque estuviera agotado. Estaba disfrutando de la ociosidad. Hoy diríamos que se sentó con su computador portátil y navegó por la Internet. Y ¿por qué no? Todo estaba bajo control. La nación virtualmente podía marchar por sí sola. Incluso la guerra iba bien. En todas partes, por donde el rey mirara, veía una estatua o un cuadro de sí mismo.

Note de nuevo la hora del día en el versículo 2: "al caer la tarde." Estar holgazaneando en su bata de cama no era lo que normalmente hacía David al caer las tardes. Sus canciones nos dicen cómo él normalmente disfrutaba el fin de cada día. La canción en el Salmo 55 dice:

Tarde y mañana y a mediodía
oraré y clamaré,

Y Él oirá mi voz (Salmo 55:17).

David normalmente oraba al atardecer, como lo hacía por la mañana y al mediodía. En ese mismo salmo expresa su confianza en Dios:

Él redimirá en paz mi alma de
la guerra contra mí (Salmo
55:18).

El Salmo 141 tiene una letra semejante:

Suba mi oración delante de ti
como el incienso,

El don de mis manos como la
ofrenda de la tarde.

Pon guarda a mi boca, oh Jehová;

...

No dejes que se incline mi
corazón a cosa mala. (Salmo
141:2-4).

Eugene Peterson en su paráfrasis en inglés, *The Message (El Mensaje)* parafrasea el versículo 4 de la siguiente manera: “No me dejes ni siquiera soñar en hacer el mal o sin querer, caer en mala compañía” (Salmo 141:4).

Pero David no estaba orando; por lo menos no en este atardecer en particular. El rey valiente se olvidó de sus propias palabras en ese salmo. Los eventos de esta trágica tarde cambiarían a David y a su nación para siempre.

No es difícil reconstruir la escena. David hosteiza, tira las sábanas, se estira mientras se frota sus ojos, se pasa la mano por su cabello café, y se desliza para sentarse al borde de la cama. Parpadea. Mira alrededor.

Nota cómo sus cortinas se mueven con la brisa vespertina, que lo invita a levantarse sin apuro, avanza perezosamente hacia la puerta abierta, y sale a disfrutar del aire abrigado del anochecer en su terraza. Todo está en calma. Él está solo.

De repente oye un chapoteo a la distancia. Oye el canto de alguna soprano. Sus ojos se vuelven en la dirección que sus oídos le indican. Interesantemente, él había estado tan ocupado que ni siquiera había notado quién vivía detrás de su palacio sino hasta esa noche. Ni siquiera sabe el nombre de ella, ni tampoco quién es su familia. *Ahora se interesa.*

La Biblia nos dice que la mujer “era *muy* hermosa.” Créalo. Recuerde que David tenía como veinte esposas y un harén de concubinas en su palacio, todas las cuales estaban entre las más hermosas de Israel. Esta mujer debe haber sido despampanante.

Mientras David le clava la mirada estando solo al caer la tarde, perdió toda conciencia de quién era él y de lo que podía pasar si se rendía.

Enfocando las curvas del cuerpo de la mujer, se olvidó de todos los salmos que había compuesto. Se olvidó de todas las lecciones que había aprendido. Se olvidó de todo el respeto que se había ganado. Se olvidó de toda la gente que creía en él e inclusive se olvidó de aquellos que en esos momentos estaban orando por su rey. Se olvidó de su familia. Se olvidó incluso de sus propios hijos e hijas, y de los pequeños que jugaban en la calle y que le veían como su héroe; como la estrella de cine de Israel; se olvidó de todo esto. ¡Se olvidó de Dios!

Es interesante, ¿verdad? Cuando luchamos con la tentación, le pedimos a Dios que salga del cuarto. Dietrich Bonhoeffer, en un folleto que se titula simplemente *Tentación*, describe esto mejor que nadie.

En nuestros miembros dormita
una inclinación al deseo, que
es tanto repentina como voraz.
Con poder irresistible, el deseo
se apodera del dominio sobre
la carne. Súbitamente un fuego
secreto, consumidor, se enciende.
La carne arde y está en llamas . . .

En ese momento Dios es muy
irreal para nosotros . . . Él pierde
toda realidad y sólo el deseo

por la criatura es real. La única realidad es el diablo. Satanás no nos llena de odio hacia Dios, sino de un olvido de Dios . . .²

¡Cuán cierto! David no *desdeñó* a Dios, sino simplemente por conveniencia se *olvidó* de Él al entregarse a esa mirada persistente de lujuria.

Poco después pregunta: “¿Quién . . . quién es esta mujer?” Uno de sus comedidos criados acude a su lado para responder. La identificación es más que curiosa. El criado, con mucho tacto, responde:

Aquella es Betsabé hija de Eliam,
mujer de Urías heteo (2 Samuel
11:3, énfasis añadido).

Las genealogías hebreas por lo general identifican a las personas por su padre, y casi nunca a la mujer por su esposo. Se puede suponer con bastante certeza que el criado sabía lo que David estaba pensando. Tal vez no se sentía con suficiente libertad como para decir abiertamente: “No hagas eso,” así que simplemente dice más de lo que normalmente diría para identificarla; y dice: “Ella es una mujer casada. Ella tiene esposo.”

David conocía sus filas, y no le importó que Urías estuviera en la batalla. Esa circunstancia hizo sus intenciones incluso más convenientes.

Raymond Brown, que enseñó por varios años en la Universidad Spurgeon en Londres, añade un pensamiento que ha despertado controversia.

Cuando leemos este terrible relato instintivamente pensamos en la ofensa como pecado de David, pero a esta atractiva mujer no se le puede disculpar por completo. Betsabé fue imprudente y necia, faltándole la habitual modestia hebrea, porque de haberla usado por cierto no se hubiera bañado en un lugar donde ella sabía que la podían ver. Desde su azotea quizás ella habría alzado la vista para ver el palacio real y debía saber que la verían. No basta meramente con que nosotros mismos evitemos el pecado. El Nuevo Testamento insiste en que los creyentes debemos asegurarnos de no ser piedra de tropiezo (Romanos 14:12 – 13). Si David hubiera ido a la guerra no habría visto a Betsabé esa noche. Si ella hubiera pensado en serio acerca de sus acciones, no hubiera puesto la tentación en el camino de él.³

Sin lugar a duda la responsabilidad mayor le quedaba al monarca hebreo. Él fue el agresor. Él la buscó. Él abrió la puerta al invitarla. Pero tampoco fue una violación. Ella no peleó. Ella no trató de persuadirlo para que no lo hiciera, ni gritó pidiendo ayuda, ni huyó del palacio para preservar su pureza.

El pasaje lo narra con rapidez.

“Y envió David mensajeros, y la tomó.”

Alguien llama a la puerta. Ella la abre, tal vez envuelta en una toalla o en su bata de dormir, mira la cara del criado del rey y oye: “El rey quiere verte.”

El sirviente la lleva ligero y a escondidas por una escalera trasera, al nuevo palacio; ella se desliza en secreto al cuarto, y la puerta se cierra y le echan llave. Un largo abrazo. Besos apasionados. Relación sexual. Pero no amor.

Se nos dice que la mujer se purificó de su impureza y volvió a su casa. David ni siquiera lo pensó de nuevo. La lujuria funciona así. Pero me pregunto si una vez que Betsabé ya estuvo en su casa, se recargó contra una pared, miró hacia arriba, y se preguntó: *¿Qué he hecho?* Y también me pregunto si horas más tarde David, en un momento en que había bajado la guardia, sus

propias palabras invadieron su mente: ¡Cómo han caído los valientes en batalla!

Pero se acabó. Ya está hecho. Estas cosas pasan. ¿Quién va a saberlo? Al amanecer el día siguiente él se lavó las manos en cuanto al asunto, justificó su adulterio, y siguió adelante.

Pero no se había acabado. Varias semanas después, alguien llama a la puerta de David con una nota. Las dos palabras de Betsabé lo cambiarían todo: “Estoy encinta.”

Ese era el momento de David, su oportunidad, para demostrar que seguía siendo un hombre de Dios. Podía haber detenido el pecado antes de que tuviera la oportunidad de multiplicarse. Él debió haber dicho lo que más tarde le diría a Natán cuando se vio acorralado: “He pecado.” En lugar de reunir a un grupo de consejeros sabios y de confianza, y exponer delante de ellos su fracaso con pleno arrepentimiento, se dio al pánico e intentó controlar los daños.

La mente de David era un torbellino de planes motivados por la carne para hallar cómo tapar su pecado. En lugar de escoger el camino correcto, por doloroso que se vislumbraba, escogió un camino que sólo complicaría las cosas. David tramó concederle al esposo de Betsabé una visita conyugal para que el hijo pareciera de él. Pero el plan le salió mal. Urías, por lealtad a sus

compañeros de armas, rechazó la idea de disfrutar algo que ellos no podían disfrutar al momento, y prefirió quedarse a dormir con los criados del rey. Esto debe haber enfurecido a David.

El rey cambió al plan alternativo y tramó hacer que Urías muriera. Envío una nota a Joab, su general de confianza, por manos de Urías, a quien envió a que volviera a la batalla.

Poned a Urías al frente, en lo más recio de la batalla, y retiraos de él, para que sea herido y muera (2 Samuel 11:15).

No piense que Joab no sabía lo que estaba haciendo cuando puso al pobre peón en el frente de la batalla tal como lo había ordenado David. Poco después, cuando Joab mandó noticias de la batalla a David, añadió en la nota: "Asegúrate de decirle al rey que Urías ha muerto." Misión cumplida.

David fingió preocupación por haber perdido la batalla, mientras lanzaba un gran suspiro de alivio. Para seguir con la farsa respondió por medio del mensajero: "Dile a Joab que siga peleando, y que no se preocupe por esto. Estas cosas pasan, pero que él está haciendo muy buen trabajo."

¡Qué hipócrita! Él sigue actuando como rey aunque se ha convertido en un cascarón vacío de lo que era antes. Thomas Baird escribió una vez:

“Donde no se presta atención al *ladrido* del perro guardián, pronto se oirá el *aullido* del sabueso. Cuando se descarta la advertencia de la Conciencia, entonces hay que aguantar las acusaciones de la Conciencia.”⁴

¡El sabueso estaba aullando! Urías estaba fuera del cuadro. A Betsabé se le notaría el embarazo muy pronto. Una apresurada farsa de ceremonia nupcial intentó tapar un matrimonio sin amor y de conveniencia. Pronto la flamante reina empezó a pasearse por el palacio en ropa de maternidad. Cualquier adulto puede contar hasta nueve. ¡Qué farsa!

Evite Caer como David

Una vez más podríamos permitir que el comportamiento intolerable de David desvíe nuestra atención de la tarea de examinarnos nosotros mismos. Al ver las debilidades de otro, sus malas decisiones, y el pecado deletreado en negrita, se nos hace muy fácil considerar sus circunstancias como extraordinarias en cierto sentido. Lo más probable es que usted no sea rey, ni tenga un harén, ni viva rodeado de lujos. Pero la misma debilidad humana que se apoderó de David también puede apoderarse de usted. El relato de la caída de este poderoso rey tiene muchas lecciones que enseñar, de las cuales, esta no es la menor:

Puede pasarle incluso al mejor de nosotros. (Note que es plural. Esto lo incluye a usted y a mí).

Cuando Dios escogió a David para que reinara en lugar de Saúl, dijo que David era un hombre conforme a su corazón (ver 1 Samuel 13:14; Hechos 13:22). Por todo el resto de la historia de Israel la rectitud de todo rey se medía en comparación con la de David. Y en términos de espiritualidad, David era el estándar. Sin embargo, ¡cómo habían caído los valientes!

Si decimos algo del relato del fracaso de David, no debería ser: “Vaya, qué horribles son sus pecados.” Sería más correcto y mucho más sabio decir: “Si le pudo pasar a él, el peligro debe de ser incluso mayor para mí.”

Así que, ¿cómo respondemos a este peligro tan real? El mundo no va a ser menos tentador cada vez, y no podemos evitar las trampas yéndonos a vivir en el desierto. Felizmente, la pureza sexual es algo que podemos cultivar, empezando con estas cuatro estrategias:

1. Reconozca sus debilidades.
2. Cuide su tiempo libre.
3. Oblígrese usted mismo a rendirle cuentas a alguien.
4. Examine con frecuencia las consecuencias de sus actos.

Reconozca sus Debilidades

Debemos evitar la presuposición de que alguna vez estamos seguros en cuanto a la moralidad. Cualquier persona al razonar puede pensar: *Siendo que soy creyente, soy fuerte. O, debido a que estoy casado con una buena esposa, soy fuerte. O, porque tengo hijos, soy fuerte. O, porque tengo un cargo de responsabilidad, soy fuerte. Porque la gente me respeta, soy fuerte. Porque tengo más de cincuenta años y he aprendido muchas lecciones, ¡soy fuerte!* La primera parte de estas declaraciones es verdad; pero la última parte de cada una de ellas, no solamente es falsa, sino imprudente. ¡Nadie, y eso lo incluye a usted, está a salvo del fracaso!

En cualquier momento usted o yo podemos tropezar y pecar. Nuestra naturaleza de pecado está activa, lista y dispuesta.

Entienda que en cualquier momento, día o noche, usted corre riesgo. Es mucho mejor que se diga usted mismo que está más cerca de una caída, de lo que piensa. Es mejor y, por cierto, más verdadero decir: "Aunque soy creyente, soy débil. Soy blanco del enemigo. Aunque estoy casado, *soy débil*. He conocido el gozo de la intimidad. Lo he experimentado; por lo tanto, sé que la relación sexual puede ser satisfactoria. Aunque tengo hijos, *soy débil*. Aunque tengo un cargo que muchos respetan y ofrece alguna medida de

satisfacción, soy débil. Aunque he conocido el éxito, *soy débil*. Porque he fallado antes, *soy débil*.”

Debido a que somos débiles se nos ha dado el Espíritu Santo en abundancia. La búsqueda de la pureza sexual empieza cuando nos acordamos de esto todos los días. Sí, . . . ¡*todos* los días! Empiece reconociendo: “Soy débil.”

Vigile sus Tiempos de Ocio

¿Recuerda el antiguo refrán: “La ociosidad es la madre de todos los vicios”? El tener tiempo libre es sus manos es peligroso en todo sentido. Manténgase ocupado. Permítame ilustrar lo peligrosa que puede ser la ociosidad, contándole un relato de la vida real.

Hace muchos años, cuando nuestros hijos eran pequeños, todos de edad escolar, Cynthia se quedó en casa con ellos mientras yo iba a Canadá a ministrar por algunos días. Yo estaba muy lejos de casa y acababa de terminar una semana muy atareada que empezó el martes y siguió hasta la noche del viernes. Alterando mi horario normal, extendí mi estadía, aceptando predicar el domingo, lo que me dejó el sábado libre.

Yo estaba agotado el viernes por la noche. Con un sábado libre a mi disposición, decidí comprar en el restaurante del hotel una ham-

burguesa para almorzar, y tal vez buscar alguna revista o el periódico en el quiosco local.

Compré la hamburguesa y me dirigí al quiosco de revistas ¡pero todo lo que tenían era de hockey! (A decir verdad, ¡no me gusta el hockey!). Frustrado por no poder hallar algo para leer y pasar el tiempo, me dirigí a los ascensores para volver a mi cuarto. Todavía puedo oír el retumbar de los tacones de mis zapatos en el mármol del piso del vestíbulo del hotel. Presioné el botón para “subir,” entré al elevador vacío y, antes de que se cerraran las puertas, entraron dos mujeres muy atractivas. Presioné el número “6,” retrocedí y me di la vuelta para preguntar: “¿A qué piso van?”

Ellas dijeron casi al unísono: “El seis está bien.” Ambas sonrieron, se miraron una a otra, y luego se volvieron a mí con las cejas arqueadas, como diciendo: “¿Qué te parecería?” El ascensor empezó a subir hacia el sexto piso.

Pues bien, debo confesar que de repente me sentí un poco como Mel Gibson o tal vez Robert Redford; no les miento. Me quedé de pie allí, parpadeé y por un momento la oferta me pareció tentadora. Ese tipo de cosas no me pasan con frecuencia, gracias a Dios. Pero algo más, mucho más poderoso, pasó dentro de mí. Bajé las cortinas de mi mente, y leí mentalmente las palabras

que mi madre había taladrado en mí cuando yo era un niño, cuando ella y yo aprendíamos de memoria pasajes bíblicos sentados a la mesa de la cocina. Esas palabras fueron: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7). ¡Zas! La cortina subió.

Sé que las mujeres deben haberse preguntado qué estaba leyendo yo mientras estaba parado allí. Una de ellas me dijo: “Y bien, . . . ¿qué te parece?”

Le dije: “No, gracias, en realidad no estoy interesado en ustedes, señoritas. Tengo más que suficiente en casa.”

Se quedaron mirándome como si fuera marciano. Las puertas se abrieron de repente y salí . . . solo. Aunque me habían dicho que iban al sexto piso, se quedaron en el ascensor mientras las puertas del ascensor se cerraban lentamente. En cuanto esas puertas se cerraron, me apoyé contra la pared sudando frío y pensando: *¡Gracias mamá. Gracias Señor, por tu poderosa Palabra!*

Tiemblo cuando pienso en lo que pudo haber pasado. Nunca hubiera podido escribir este capítulo. Nunca hubiera podido servir como Rector del Seminario Teológico de Dallas, nunca hubiera empezado la iglesia Stonebriar Community Church, o siquiera predicado otro sermón.

Podía haber perdido el respeto de mis hijos, al igual que la confianza de mi esposa, Cynthia. Si hubiera tomado la decisión equivocada, todo mi futuro en el ministerio hubiera quedado alterado. ¡Que pensamientos tan aterradores!

¡Trabaje duro! Manténgase ocupado. Cuide su tiempo libre. Si se encuentra con horas libres en su agenda, participe en algo más grande que usted mismo, aplique su energía a algo importante. Póngase sus zapatos de lona y salga a trotar. No le dé al mal la oportunidad de apoderarse de su pureza.

Ahora bien, nadie puede estar ocupado todo el tiempo. Toda persona necesita tiempo libre, tiempo para relajar el cuerpo, hacer descansar la mente y no hacer nada. No estoy sugiriendo que el tiempo libre sea malo. Pero si el pecado tiene la oportunidad para seducirlo, es más eficaz cuando usted está ocioso. Dedique el tiempo para recargar sus pilas. Disfrute de su tiempo libre . . . pero cuídelo como un águila.

Una Palabra Especial Acerca de la Internet

No puedo pensar en un peligro mayor para una mente ociosa, que la Internet. Esta tecnología

maravillosa ha puesto en la punta de nuestros dedos un inmensurable potencial para aprender. Pero al igual que su potencial para enriquecer nuestras mentes es grande, también es grande el poder que tiene para corromperlas.

Las cifras estadísticas de los adictos aturden, para no mencionar a los que lo hacen en la intimidad de su mundo privado. El saber que esa tentación está tan extendida y es tan insidiosa, exige que yo esté alerta y listo. Cada mes como 2.500 nuevos sitios de pornografía aparecen en la Internet. Muchos están escondidos, listos para llenar su pantalla incluso cuando usted no los está buscando.

Mientras trataba de buscar direcciones de una ciudad pequeña en el norte de Texas, a donde varios amigos y yo pudiéramos ir en nuestras motocicletas y luego almorzar carne a la parrilla, inserté el nombre de esa ciudad. Eso fue todo; eso fue todo lo que tecleé en mi computador. Al instante, en letras mayúsculas negras, como de tres centímetros de alto, leí la palabra "sexo" en mi pantalla. Eso fue sólo el principio. Al tratar de borrarla, cada nuevo intento traía escenas más escandalosas. Incluso cuando oprimí la tecla "Esc" no podía escaparme de las repetitivas escenas, cada una seduciendo intensamente a la carne.

Decidido, me agaché y apagué el computador . . . por completo. ¡Por fin! Pero, ¿lo creería usted? Cuando volví a encenderlo, ahí estaba otra vez; una tentación no buscada pero muy real. Gracias a Dios, mi hijo menor, Chuck Jr., pudo hallar la manera de limpiar el equipo. Y todo empezó cuando empecé una sencilla búsqueda de una pequeña ciudad en el norte de Texas. El peligro está siempre presente y es más insidioso cada día que pasa.

Pero no cometa el error de pensar que sólo retratos o películas constituyen la pornografía o que es sólo para hombres. Más y más mujeres están cediendo a la atracción del sexo virtual por medio de salones de chateo y los programas de mensajes instantáneos. Dadas las condiciones emocionales adecuadas, la conversación inocente con un hombre anónimo por vía del correo electrónico puede evolucionar a mucho más. Un amorío, alimentado por la falsa intimidad, incubada en lo secreto y en el anonimato del espacio cibernético, puede sofocar una mente pura tan rápido como aparecen las imágenes obscenas.

Oblíguese Usted Mismo a Rendirle Cuentas a Alguien

¿Puede nombrar a dos o tres individuos de su mismo género con quienes usted se reúne con regularidad para hablar de cosas que nadie más

hablaría con usted? Si puede hacerlo, entonces usted ya le está rindiendo cuentas a alguien. Si no puede, usted corre riesgo.

En el libro *El Amor Debe Ser Firme*, mi buen amigo el Dr. James Dobson, basándose en sus muchos años de experiencia en asesoramiento, bosqueja lo que él llama la anatomía de un adulterio. Al describir el primer paso que una mujer da para empezar el descenso por ese sendero tan espantoso, invariablemente halla que “ella se siente sola, la opinión que tiene de sí misma es muy baja, y le cuesta trabajo tener amigas.”⁵ Ella no tiene a quien rendirle cuentas, no tiene a quien contarle sus sentimientos más profundos y atormentadores. Y sin nadie que le exija cuentas, ella está a merced de cualquier mujeriego atento.

Ahora bien, el rendir cuentas no significa que usted tenga que someterse a la inquisición de sus amigos. La conversación no debe convertirse en una reunión de club de santurriones. Reúnanse con regularidad, hablen abiertamente, participen en actividades y diviértanse, pero cultiven confianza a fin que puedan ser completamente sinceros. Y cuando se reúnen, atrévanse a hacerse unos a otros esas preguntas difíciles. Las siguientes son unas cuantas. Se prepararon para hombres, pero sirven por igual para las mujeres.

- ¿Has estado la semana pasada con alguna mujer en algún lugar que pudiera verse como comprometedor?
- ¿Te has expuesto a material sexualmente explícito?
- ¿Has tenido con alguien conversaciones o correo que pudieran hacer que tu esposa se sienta amenazada?
- ¿Has pasado tiempo adecuado en el estudio de la Biblia y en oración?
- ¿Le has dado prioridad a tu familia?
- ¿Has cumplido los mandatos de tu vocación?
- ¿Acabas de mentirme?

Cultive amistades del mismo sexo que le permitan ser completamente honesto al hacer y responder preguntas como estas. Si hace eso con regularidad, usted estará más seguro. No dije que va a estar completamente protegido en contra de una caída; dije que estará más seguro. He conocido a algunos que han caído aun teniendo alguien que les exige cuentas. Todo fue sólo teatro . . . fingiendo rendir cuentas. Cumplieron con

las acciones, pero mintieron. Pero si usted dice la verdad, oye la verdad y trata con la verdad, usted estará más seguro.

Oblíguese usted mismo a rendirle cuentas a alguien.

Examine de Antemano las Consecuencias

El colega ministro que mencioné arriba no examinó las consecuencias. El que en un tiempo atrás había sido el poderoso rey David no examinó las consecuencias. Si yo hubiera cedido en el momento del ascensor en el hotel en Canadá, habría sido porque no examiné las consecuencias. Las consecuencias ponen nuestros pies sobre el fuego. Confrontan con valentía lo que preferiríamos ignorar. Ellas no mienten. Representan la realidad que la lujuria no quiere oír.

Hace unos años Randy Alcorn, director de Eternal Perspective Ministries (Ministerio Perspectivas Eternas) escribió una breve columna titulada “Las Consecuencias de una Caída Moral” en la revista *Leadership*. He llevado este recorte conmigo desde 1988. Él escribió:

Cuando me siento particularmente vulnerable a la tentación sexual, hallo útil examinar los

efectos que mis acciones pudieran tener:

- Entristecer al Señor que me redimió.
- Enlodar su santo nombre.
- Un día ver cara a cara a Jesús, el Juez Justo, y rendirle cuenta de mis acciones.
- Seguir los pasos de aquellos que por su inmoralidad abandonaron su ministerio y que me hacen temblar: (mencione los nombres).
- Causarle indecible dolor a Nanci, mi mejor amiga y fiel esposa.
- Perder el respeto y confianza de Nanci.
- Lastimar a mis queridas hijas Karina y Angie.
- Destruir mi ejemplo y credibilidad ante mis hijas y anular cualquier esfuerzo presente o futuro para enseñarles a obedecer a Dios (“¿Por qué oírle a

un hombre que nos traicionó a mamá y a nosotras?”).

- Si mi ceguera continuara o si mi esposa no pudiera perdonarme, tal vez perder a mi esposa y a mis hijas para siempre.
- Hacer avergonzar a mi familia (“¿Por qué papá ya no es pastor?”).
- Perder el respeto por mí mismo.
- Producir una culpabilidad terriblemente difícil de quitar. Y aunque Dios me perdone, ¿podría perdonarme yo mismo?
- Formar recuerdos y escenas en retrospectiva que podrían plagar mi intimidad futura con mi esposa.
- Desperdiciar años de educación y experiencia en el ministerio por largo tiempo, tal vez permanentemente.
- Renunciar al efecto de años de testificarle del Señor

a mi padre y reforzar la desconfianza que él les tiene a los ministros, y que apenas está empezando a ablandarse por mi ejemplo, pero que se endurecería, tal vez permanentemente, debido a mi inmoralidad.

- Socavar el ejemplo fiel y el arduo trabajo de otros creyentes en nuestra comunidad.
- Darle gran placer a Satanás, el enemigo de Dios y de todo lo bueno.
- Posiblemente tener que sufrir las consecuencias de enfermedades tales como la gonorrea, sífilis, chancro, herpes y SIDA; tal vez infectar a Nanci o, en el caso del SIDA, causarle la muerte.
- Posiblemente producir un embarazo, con las implicaciones personales y financieras, incluyendo un recordatorio vitalicio de mi pecado.

- Causarles vergüenza y dolor a mis colegas pastores y ancianos: (mencione los nombres).
- Causarles vergüenza y dolor a estos amigos, especialmente a los que he llevado a los pies de Cristo y he discipulado: (mencione los nombres).
- Acarrear me yo mismo vergüenza y dolor por toda la vida.

Créame; si usted examina tales consecuencias con regularidad, su lujuria pasará a segundo plano . . . pero ni así desaparecerá.

El estridente timbre del teléfono rompió el silencio en mi oficina, pero fue el mensaje lo que me rompió el corazón. Mi oración más ferviente es que nadie jamás haga una llamada telefónica de esa naturaleza acerca de usted o acerca de mí. Le insto a que complete el estudio bíblico en la sección que sigue a este capítulo, y después lea cómo obtener la victoria sobre la tentación cuando examinemos la vida de José.

